

## VI. CONCENTRACIÓN DE LA ENERGÍA

Esto hago yo. — SAN PABLO.

La mayor prudencia de la vida es la concentración; la mayor locura es la disipación. No importa que la disipación sea grosera o elegante. — EMERSON.

El hombre que se esfuerza en realizar un propósito, y sólo uno, puede abrigar la esperanza de realizarlo antes de que se le acabe la vida. Pero el que todo quiere alcanzarlo, doquiera que vaya sólo cosecha estériles remordimientos de las esperanzas que en su torno siembra. — OWEN MEREDITH.

Cada día es mayor mi convencimiento de que la diferencia entre unos y otros hombres, entre el débil y el fuerte, el sobresaliente y el insignificante, es la enérgica e invencible resolución de llevar a cabo el propósito formado y vencer o morir en la demanda. — FOWELL, BUXTON.



ATHAN Mayer Rotschild le decía en cierta ocasión a un cervecero:

No se ocupe usted más que en un negocio. Atienda usted a su cervecería y será usted el cervecero más importante de Londres. Pero si quiere ser usted al mismo tiempo cervecero, mercader, banquero y fabricante, pronto se verá usted en la ruina.

Lo importante es dedicarse a una sola ocupación y no a varias a la vez, pues quien disemina sus esfuerzos en esta nuestra intensiva época, no espere lograr éxito.

Había en Londres un sujeto con despacho abierto, cuya muestra decía:

Se trasladan muebles, se llevan recados, se sacuden alfombras y se componen versos sobre cualquier tema.

El buen hombre no sobresalía en ninguno de tan distintos menesteres, cuya incongruencia recuerda la de un señor Kenard, que en París escribía folletines, explicaba el lenguaje de las flores y vendía patatas fritas.

La inmensa diferencia entre los victoriosos y los fracasados consiste en la cantidad de trabajo inteligente que cada cual lleva a cabo. Muchos fracasados realizaron esfuerzos bastantes para triunfar, pero su labor fué azarosa, de modo que deshacían con una mano lo hecho con la otra. No supieron aprovecharse de las circunstancias ni acertaron a transmutar las honradas derrotas en gloriosas victorias. Con tiempo y habilidad suficientes, siempre fueron atrás y adelante con la lanzadera vacía, sin tejer jamás el lienzo de la vida.

Si preguntamos a uno de estos fracasados cuáles fueron su ideal y su propósito, responderá:

«No tenía conciencia de mis aptitudes, pero sí mucha confianza en la eficacia del trabajo intensivo, y en consecuencia, me determiné a trabajar sin descanso toda mi vida, como si cavara en las entrañas de la tierra, con la seguridad de que, si no oro ni plata, por lo menos encontraría hierro».

A esto responderíamos rotundamente que no, pues ni el hombre más zahorí fuera capaz de encontrar filones de oro y plata con sólo excavar al acaso, aunque excavara todo un continente. Quien siempre anda ansioso de encontrar mucho, nunca encuentra nada; pero si buscamos algo en particular, hallaremos precisamente aquello y no más, porque siempre halla el hombre lo que busca de todo corazón. No es la abeja el único insecto que se posa en las flores, y sin embargo, ningún otro liba la miel en su polen. Por ricos que sean los materiales acopiados en los estudios de la juventud, de nada nos servirán si no entramos en la vida con el propósito de nuestra labor, pues no hay tan feliz combinación de circunstancias que por sí mismas deparen el éxito.

Dice Isabel Estuardo Phelps Ward:

El propósito definido es de incalculable fuerza en la vida. En la voz, en el traje, en la mirada y actitudes, se conoce cuando una persona comienza a vivir por un ideal. Creo que entre el gentío que invade las calles podría descubrir a las abnegadas mujeres entregadas al bendito

trabajo, que no pueden ocultar su aire de dignidad y resignación bajo el modesto mantón de alpaca, ni tampoco realzarlo el sombrero lujoso, ni siquiera encubrirlo la enfermedad ni la penuria.

Bien dicen que nunca sopla viento favorable para el marino que no sabe en qué puerto fondear. A este propósito añade Carlyle:

La más débil criatura puede llevar a cabo determinada empresa, con tal que en ella concentre todas sus fuerzas; mientras que la más fuerte fracasa si desperdiga las suyas. La gota horada la piedra, no por su fuerza, sino por la continuada caída, al paso que el impetuoso torrente salta sobre ella sin dejar rastro.

Muy significativa es también la siguiente frase de un ingenioso predicador:

Cuando era yo niño, creía que el trueno mataba a los hombres; pero después supe que no los mata el trueno, sino el rayo. Desde entonces resolví tronar menos e irradiar más.

El hombre que conoce a fondo una cosa, aunque sea el arte de cultivar nabos, recibe el merecido premio, porque si en el cultivo de esta raíz concentra todas sus energías, le bendecirán las gentes como bienhechor de la especie humana.

Si partimos una salamandra en dos trozos, uno se moverá hacia adelante y otro hacia atrás. Tal les sucede a quienes fraccionan su ideal.

Nadie que firme y perseverantemente enfoque todas sus potencias mentales en un ideal elevado fracasará en el empeño e su vida. Los rayos el sol invernal, ebidamente enfocados, encienden con facilidad una hoguera.

Las eminencias de la especie humana fueron hombres que no se cansaron e descargar martillazos sobre un mismo yunque hasta lograr su propósito. Los triunfadores de hoy día tienen una sola idea predominante y un ideal fijo, al que se encaminan con inquebrantable resolución. La vida de negocios en los Estados Unidos anatematiza toda subdivisión de energías. Muchos hay que se parecen en este particular a un amigo de Jerrold Douglass, que sabía treinta y cuatro idiomas, pero no tenía ideas que expresar en ellos.

Dice Sydney Smith:

El único estudio provechoso es aquel en que la atención se fija tan intensamente, que llega la hora de comer mucho antes de lo que esperábamos. Sentados con nuestro Tito Livio delante, oíríamos el graznido de los gansos que salvaron el Capitolio y veríamos con nuestros propios ojos a los merodeadores cartagineses que en los campos de Cannas llenaron varios talegos con los anillos de los patricios romanos muertos en la batalla. Quedaríamos tan absortos en la lectura, que si alguien nos viese no advertiría de pronto si estábamos en el gabinete de estudio o transportados mentalmente a las planicies de Lombardía en contemplación del curtido rostro de Aníbal y de su mirada de águila.

Decía Carlos Dickens que la atención es la única facultad verdaderamente útil, por lo seguro de sus efectos, pues el talento y la imaginación de nada aprovechan cuando no los acompaña la constante atención. El insigne novelista atribuía el éxito de su labor a que siempre puso todo su ser en cuanto hizo.

Así escribía José Gurney a su hijo, diciéndole: «Has de ser hombre completo en todas tus cosas: en el estudio, en el trabajo y en el recreo».

No toméis a la ligera ni difiráis vuestro propósito. Sobre esto decía Carlos Kingsley:

Voy en derechura a lo que me he resuelto, como si ninguna otra cosa hubiese en el mundo. Tal es el secreto de los laboriosos que no desperdician tiempo.

Y Eduardo Bulwer Lytton añade por su parte:

Al verme tan metido en la vida de sociedad y en las reuniones mundanas, como si no me ocupara del estudio, me dijeron algunos: «¿De dónde saca usted el tiempo para escribir sus libros?» Y les respondí: «Pues procuro no trabajar mucho de una vez, porque el hombre verdaderamente laborioso no trabaja más allá de sus fuerzas, pues si trabajara hoy demasiado, la fatiga le obligaría a trabajar menos al día siguiente. Empecé a estudiar con ardor al salir del colegio y puedo decir que he leído tanto como el que más de mis contemporáneos. He viajado mucho y visto muchas cosas; me he mezclado bastante en política y en distintos negocios de la vida, sin que esto

me haya impedido publicar unos sesenta volúmenes, algunos de ellos sobre asuntos que requirieron especial investigación. Sin embargo, en mi labor literaria no empleé más allá de tres horas diarias y ni aun tanto con el Parlamento abierto. Pero durante esas tres horas puse toda mi atención en lo que hacía.

Estaba dotado Coleridge de maravilloso talento, pero no tenía propósito definido, pues actuaba en una atmósfera de disipación mental que consumía sus energías y le llevaba de fracaso en fracaso. Vivió soñando y murió iluso. Sin cesar forjaba planes y formaba resoluciones que el día de su muerte estaban aún en proyecto. Siempre anduvo en vías de hacer algo que nunca hizo, por lo que un amigo suyo, Carlos Lamb, pudo decir de él: «Ha muerto Coleridge y se cuenta que ha dejado sin terminar cerca de cuarenta mil tratados de metafísica».

Todo hombre insigne alcanzó la grandeza y todo vencedor el éxito, en la medida en que aplicó sus fuerzas a determinado punto. Hogarth fijaba su atención en el objeto de estudio hasta fotografiarlo, por decirlo así, en su mente, de modo que pudiera reproducirlo a voluntad. Estudiaba cada cosa con tanto ardor, como si jamás hubiera de hallar otra ocasión para ello; y este hábito de atender al objeto de estudio, le capacitó para cuajar sus obras de maravillosos porme-

nores y reflejar en ellas el pensamiento de su época. Aunque su cultura no era muy vasta, sobresalía por su exquisita potencia de observación.

Horacio Greeley, director-propietario de *La Tribuna*, de Nueva York, escribió un celebrado artículo de fondo valiéndose de la copa del sombrero como de pupitre, desde la escalinata del palacio de Astor, mientras desfilaba por las calles una imponentísima manifestación.

Ofendido cierta vez un particular por un cáustico artículo inserto en dicho periódico, se presentó en la redacción preguntando por el director. Le introdujeron en un apartado gabinete donde Greeley estaba con la cabeza gacha embotronando cuartillas. El enojado visitante le preguntó si era el señor Greeley, y éste respondió, sin levantar la vista del papel: «Sí, señor; ¿qué deseaba usted?» El iracundo caballero se desató entonces en improperios. Entretanto seguía Greeley escribiendo cuartilla tras cuartilla, sin alterarse en lo más mínimo ni mirar siquiera al vociferador. Finalmente, al cabo de veinte minutos de apasionados desahogos, como jamás cayeran sobre periodista alguno, el colérico caballero se cansó de tanto gritar y dió repentinamente media vuelta en actitud de marcharse. Entonces miró Greeley por primera vez al visitante, se levantó de la silla y acercándosele golpeóle familiarmente

en el hombro, y con amistoso acento le dijo: «No se vaya usted, amigo; siéntese usted y tranquilice el ánimo. Le será a usted muy provechoso, y después se encontrará mucho mejor. Además, así me ayudará usted a reflexionar sobre lo que estaba escribiendo. No se vaya usted».

El propósito fijamente definido ha caracterizado siempre a los hombres afortunados.

De Daniel Webster decía Sydney Smith, que se le antojaba una máquina de vapor con pantalones. Lord Brougham tenía un talento muy dúctil, y aunque su bufete era de los más lucrativos y sus méritos le llevaron a la Cancillería del Reino Unido y obtuvo el aplauso de los doctos por sus investigaciones científicas, su vida fué en conjunto un completo fracaso, pues todo lo hacía a saltos y nada continuadamente, hasta el punto de no dejar huella que sobreviviese a su fama.

Dice de él la señorita Martineau:

Estaba lord Brougham en su castillo de Cannes cuando empezó a cundir el daguerreotipo. Un profesional de este nuevo procedimiento tomó una vista del castillo con un grupo de moradores asomados al balcón, entre ellos el lord, a quien el artista rogó que se mantuviera sin moverse durante cinco segundos. Así lo prometió Brougham, pero no pudo cumplirlo, y en consecuencia, salió un manchurrón en vez de su imagen. Esto es muy significativo si se tiene en cuenta que la figura de lord Brougham hubiera podido destacarse en el centro del cuadro

de nuestro siglo, de no estarse moviendo sin cesar de uno a otro lado, de suerte que siempre aparece un borrón donde debiera verse la figura de lord Brougham. ¡Cuántas vidas quedan borrosas por falta de propósito!

Fowell Buxton atribuía sus éxitos a la entereza con que se aplicaba cada vez a un solo objeto, pues siempre triunfa la inquebrantable persecución de un solo ideal. *Non multa sed multum*: no muchas cosas, sino mucho de una sola vez, fué el lema de Coke.

La casi invisible punta de una aguja y el agudo y sutilísimo corte de la segur abren el camino por donde pasa lo más recio de su masa, que sin la punta o el filo quedaría embotada e inútil. Así el hombre de una sola modalidad de actuación, el hombre agudo, se abre camino a través de los obstáculos y logra éxitos brillantes. Mientras por una parte hemos de evitar la limitación de nuestra actividad a un objeto tan mezquino que nos impida ejercitar todas nuestras facultades, por otra parte hemos de precavernos contra la versatilidad de mente y ánimo.

Dice Praed de un hombre veleidoso:

Es su hablar como corriente que fluye con variable curso de peñas a flores y resbala de la política al reñucano y se desliza de Mahoma a Moisés. Empieza tratando de las leyes a que los planetas obedecen en sus radiantes cursos y acaba explicando el modo de desollar anguillas y de herrar caballos.

Si a un niño se le enseña a andar con la vista atenta a determinado punto, no vacilará en la marcha, mientras que si distrae la atención se caerá muy fácilmente. Al joven que hoy día solicita un empleo, no se le pregunta en qué colegio se ha educado ni quiénes fueron sus ascendientes, sino *qué sabe hacer*. Se exige de él una aptitud especializada. La mayor parte de los gerentes de las grandes casas de comercio ascendieron a tan elevado puesto desde la ínfima condición de meritorios.

Por regla general, todo cuanto anhela el corazón pueden lograrlo la cabeza y las manos. En quien lleva a cabo una empresa afortunada echamos de ver la intensa fuerza de concentración que enfoca todas las facultades anímicas en un invariable propósito y a realizarlo se encamina perseverantemente contra cualquiera dificultad, con energía bastante para sobreponerse a todas las pruebas, desalientos y tentaciones.

Nos dicen los químicos que una hectárea de hierba tendría fuerza sobrada para mover todos los molinos del mundo, con tal de concentrarla sobre el pistón de una máquina de vapor; pero, como está latente, no tiene valor dinámico.

Dice el doctor Mathews que el hombre cuya atención se divierte a distintos objetos, muy pronto pierde sus energías y con ellas el entusiasmo. A esto añade Waters:

No os entretengáis jamás en especulaciones, porque vana será vuestra labor. Trazaos un plan, tened un objeto, estudiadlo bajo todos sus aspectos y el trabajo os conducirá al éxito. Al decir que no os entretengáis en especulaciones, me refiero al estudio de materias sin aplicación inmediata, pues fuera lo mismo que comprar en almoneda una placa de puerta con determinado nombre, en espera de aprovecharla algún día.

El propósito definido es la característica de todas las artes. No hay pintor tan hábil que pueda trasladar al lienzo multitud de escenas con figuras del mismo relieve pictórico. El artista verdaderamente genial sabe expresar la más sintética unidad en la más dilatada variedad y entre luces y sombras concentra la idea capital del tema en la figura dominante, a la que subordina todas las demás. De la propia suerte, el hombre equilibrado se forma un propósito capital donde enfoca todas las potencias anímicas que en él hallan adecuada expresión. La naturaleza no desperdicia ni una dina de energía ni deja nada a la casualidad. Desde que el mundo objetivo surgió del caos, todos los elementos cósmicos tienen delimitado el campo de su acción. Cada hoja, cada flor, cada piedra, cada átomo entraña en sí las definidas funciones de su naturaleza, que necesariamente culminan en el hombre, corona de la creación terrestre.

A los jóvenes se les suele enseñar a poner la voluntad en elevados ideales; pero, ante todo, debemos aspirar a lo que nuestra mirada alcance. No basta la generalización del propósito. La saeta disparada del arco no se desvía para ver en dónde podrá dar, sino que derechamente se dirige al blanco. La brújula no va señalando uno tras otro los astros en busca del que más le agrade; y aunque todos tratan de atraerla y el sol fulgura y el meteoro resplandece y la estrella centellea para adquirir su magnético amor, la brújula, fiel a su instinto, se inclina infaliblemente hacia la polar estrella, como dedo que sin engaño señala al Norte entre los fragores de la tempestad y las serenidades de la calma. ¿Por qué esta preferencia? Porque mientras las demás estrellas se mueven aparentemente en su celeste circuito, la polar no muda su posición respecto de la tierra. Así en el sendero de la vida encontraremos luminosos atractivos que intentarán desviarnos de nuestro ideal y apartarnos de la verdad y del deber; pero ni los satélites de prestada luz ni los resplandecientes meteoros desviarán la brújula de nuestro propósito de la estrella polar de su esperanza.